

Grandes series de Excelsior

“EL 48” UN LIBRO QUE DE NUEVO ENCENDIO PASIONES (II)

1948: Nuevos hombres nuevos rumbos

DANILO JIMENEZ VEIGA

• Los hechos del 48 no pueden verse a ras del suelo ni buscando lo anecdótico como lo hace el Profesor Acuña.

• Costa Rica no perdió con la guerra de 1948. Todos ganamos con ella.

ALBERTO CAÑAS:

• La elección presidencial de Calderón Guardia en 1940 no significó el advenimiento de un nuevo Presidente muy bondadoso sino la culminación de las corruptelas políticas del país.

• Creíamos que una legislación social promulgada por un gobierno que era el producto de 12 años de corrupción iba a nacer coja.

Continuamos con las expresiones que vertió el Lic. Alberto Cañas en la mesa redonda que celebraron los estudiantes de periodismo de la Universidad de Costa Rica para analizar la validez histórica de la obra del Profesor Miguel Acuña intitulada “El 48”.

La objeción que se le puede señalar a las elecciones presidenciales de 1940 es a su período preelectoral. Es decir, a la actitud que tuvo el gobierno de Cortés de entrarle a garrote al anticleronismo. Sin embargo, las elecciones como tales fueron impecables en tanto que reflejaron la voluntad de los electores.

Nadie ha dicho nunca que en 1932 tuvo mayoría de votos en las elecciones presidenciales el Sr. Castro Quesada o que en 1936 obtuvo esa mayoría el Lic. Beeche y en 1940 el Profesor Virgilio Salazar.

Pero, cosa diferente pasó con las elecciones de diputados, en 1934 y en 1938. Las primeras las narró Carlos Fallas en su libro “Mamita Yunaí”. Las elecciones de diputados de 1938 crearon la

ética y mística del Doctor Vargas Vargas quien, siendo líder de Vaguanaste, no salió electo diputado. Creo que no hay nada que agregar sobre ello.

El país no estaba conforme con esa situación pues cada día había más gente preocupada por la desnaturalización de la democracia y el sistema liberal. Cada día había más gente preocupada por los extremos a que llegaban los políticos por asegurarse las mayorías legislativas.

En 1940 existía ya una efervecencia en lo que luego iba a ser la Universidad de Costa Rica. Es decir, en las Escuelas de Derecho, Farmacia y Agricultura como se llamaba en aquel tiempo.

Quizás desde antes había un movimiento estudiantil fuerte que a menzaba en conver-

tir su preocupación en rebelión.

Ese movimiento estudiantil se proponía rescatar los valores democráticos o libertarios que se estaban perdiendo. Era, en realidad, un grupo estudiantil de signo revolucionario como lo demostraban sus constantes actitudes, manifestaciones, declaraciones y desfiles contra los movimientos fascistas de Europa. También tenía participación activa con los grupos pro-república española, etc.

Para la juventud de entonces, la elección de Calderón Guardia como candidato prácticamente único no significó el advenimiento de un nuevo Presidente muy bondadoso, etcétera, sino la culminación de las corruptelas políticas del país.

Un Presidente que podría

llegar a ser bueno o malo no importaba. Lo que sí importaba es que había llegado al poder mediante el desbaratamiento por parte de las autoridades militares, de todo candidato que se le enfrentara. Así lo recibió la juventud.

A partir de ese momento, la juventud llegó a la conclusión de que la lucha tenía que ser más fuerte porque después de 1939 en Costa Rica políticamente podía pasar cualquier cosa.

Esto explica por qué el movimiento estudiantil recibió con indiferencia y desconfianza la promulgación de las garantías sociales y la legislación social. Para el movimiento estudiantil aquello era la tabla de salvación de un régimen que se podría que se venía pudriendo desde 1932, que se estaba agarrando de una necesidad nacional, como era la reforma social, para perpetuar en el poder un sistema oligárquico que lo definíamos como una amalgama de grandes intereses económicos, cafetaleros, etcétera, con políticos de tercer orden.

La juventud de aquel tiempo había hecho ya planteamientos de índole reformista y revolucionario y sintió en aquel momento, “confesémoslo, que un gobierno que era producto de un sistema corrompido le estaba robando banderas al futuro.

Creíamos que una legislación social promulgada por un gobierno que era el producto de 12 años de corrupción iba a nacer coja. Es muy posible que hayamos estado equivocados. Me inclino a creer que lo estuvimos; que la legislación so-

cial había que darla en cualquier momento, de cualquier manera y por quien fuera. Y la gloria le correspondió al gobierno del Doctor Calderón Guardia.

Pero, todo aquello que significaba la actitud de la juventud de aquel entonces se publicó en un libro llamado “Ideario Costarricense” donde la gente joven de esa época anunció lo que se proponía.

Naturalmente tiene razón el Profesor Acuña cuando dice que la promulgación del Código de Trabajo provocó una fuerte reacción de parte de la burguesía cafetalera. Pero, de no toda la burguesía cafetalera. Eso debe quedar claro.

Ese es el error histórico que se ha venido cometiendo al pretender que el movimiento de oposición de aquellos años fue un movimiento nacional, como era la reforma social, para perpetuar en el poder un sistema oligárquico que lo definíamos como una amalgama de grandes intereses económicos, cafetaleros, etcétera, con políticos de tercer orden.

La prueba de ello está en que después de los acontecimientos bélicos la Junta de Gobierno decretó la congelación de bienes de los calderonistas y eso afectó, a tantas empresas importantes que alguien dijo que se iba a paralizar la economía del país. Eso es un signo de que la burguesía cafetalera y el capitalismo de Costa Rica no estaban todos con la oposición de aquel entonces sino que estaban divididos.

Por lo tanto se comete un error en el libro cuando se dice o se hace creer que el movimiento que culminó con la revolución de 1948 fue un movimiento de la burguesía cafetalera.



En 1943, la promulgación de las garantías sociales y el Código de Trabajo polarizó contra el gobierno a ciertos elementos de esa burguesía, los cuales, eran muy vociferantes y muy fuertes.

Esto confundió un poco la cosa porque matizó de reacción a los movimientos opositivos.

Por otra parte, y vuelvo a repetirlo una de las mayores fallas del libro del Profesor Acuña es que no tiene ninguna referencia al movimiento estudiantil de aquella época, al Centro para Estudios de los Problemas Nacionales. Tampoco hace ninguna referencia al libro “Ideario Costarricense”, ni al líder de todo, eso, Rodrigo Facio.

En ese libro se oculta la participación de los movimientos estudiantiles y de izquierda democrática de aquel entonces. Hay un gran silencio sobre eso.

Lamento que se me hayan acabado los quince minutos de exposición, porque no he tocado más que dos de los siete puntos.

DANILO JIMENEZ

Para responder al primer punto planteado puedo decir que yo considero que la historia se desenvuelve por las fuerzas sociales. Es el producto de contradicciones en las fuerzas sociales, las cuales, encuentran en un momento dado a las personas o hombres capaces de entenderlas, interpretarlas y conducirlas.

La historia no empuja mediocres. Por lo menos no los guarda. Un hombre puede sobresalir cuando las condiciones históricas lo hacen posible. Napoleón no hubiera sido posible sin la revolución francesa.

Por otra parte, creo que el libro de Don Miguel Acuña, quien no tenía el honor de conocer, constituye un esfuerzo excepcional. Está lleno de sinceridad como lo dice él al principio.

Además, es valiente porque toca un tema que atañe a hechos sobre los cuales todavía sobreviven participantes.

El libro en sí tiene un gran valor al presentar en forma polémica una serie de hechos y consideraciones que, por su propia naturaleza y vecindad histórica, tiene que ser necesariamente controvertidos.

Mil novecientos cuarenta y ocho es un año de trascendental importancia para nosotros. En ese año se determinó el destino que tendría y que ha tenido Costa Rica en estos años. Cayeron y se destruyeron ciertos valores. Se crearon y se rescataron una serie de valores que confor-

maban la escala valorativa de los costarricenses.

Pero, 1948, como lo dice el Profesor Acuña, no sucedió de repente. No fue la voluntad de unas cuantas personas la que provocó los hechos de ese año.

Para explicar y para entender ese año es necesario remontarse más atrás y tener una perspectiva adecuada. Debe verse con una altura de fondo. No puede verse a ras del suelo. Esa es la primera observación que hago al libro. Que han sido vistos los hechos a ras del suelo. Buscando la anécdota.

También se ve en los hechos, buscando algunos sobrevivientes. Ni siquiera todos. Incluso, en forma hasta caprichosa se buscan esos sobrevivientes.

Por otra parte, me parece que el libro no tiene un sistema selectivo para encontrar los testigos de las anécdotas que en la obra se recogen.

Por el contrario, los testigos se tomaron al azar buscándose los nombres de las personas que podrían tener, quizás, algún recuerdo vivo.

El libro del Profesor Acuña nos muestra apenas unos aspectos del 48 y lo anecdótico a mi juicio no es lo más importante.

La suma de ciertos recuerdos personales hilvanados sin un sistema y sin criterio selectivo no tienen un valor histórico, a mi juicio.

Tampoco conforman una memoria colectiva. Esta exige una actitud mental encaminada a superar los acontecimientos, procurando comprender los antecedentes, las razones, las sinrazones de los hechos de ambos bandos, y las consecuencias en esta perspectiva general mucho más amplia.

En cierta medida el intento de un historiador es recuperar el pasado para entender el presente y seguir forjando el porvenir. Pero, recuperar el pasado ennobleciéndolo, ampliándolo, no limitándolo ni castrándolo, ni entendiéndolo como una serie de voluntades y de hechos concatenados caprichosamente.

Tampoco se puede interpretar el pasado idealizándolo por más que se tenga la ingenuidad y sinceridad del idealista porque los hechos son reales y han tenido efectos reales irreversibles.

Yo creo que además en el libro hay algunos defectos de forma que ilustran quizás lo que quiero decir.

Al inicio del libro nos dice Don Miguel que hoy no importa quien ganó la guerra porque todos perdimos y que lo único que queda de ella es el asco.

A mi parecer, esa posición

es muy extraña en un historiador. También contradictoria con muchas de las aseveraciones que hace después.

No es que todos perdimos. No se trata de perder. Todos perdimos quizás, muchas cosas pero el país no perdió con la guerra de 1948. Costa Rica ganó con esa guerra.

Tampoco queda el asco de esa guerra. Quedan los hechos, la historia los cambios, los nuevos valores, los valores rescatados y las reformas que antecedieron la guerra y que la hicieron posible.

También queda todo el proceso histórico y las relaciones de fuerzas sociales que continúan generando una historia en la que todos ganamos y no todos perdimos.

Dice después el Profesor Acuña que el comprende que cuando se emita un juicio a distancia, tal vez en el año 2.000 sobre la revolución del 48, solo interesarán las grandes directrices, los cambios estructurales y los resultados alcanzados.

[Claro que es eso lo que importa! Pero, no en el año dos mil. ¡Nos debe importar ahora porque eso es lo que está aconteciendo y eso es lo que ha resultado de la guerra del 48 y sus antecedentes!

Dice luego el Profesor Acuña que el propósito principal del libro es procurar que los costarricenses comprendamos una revolución en la cual hubo actos heroicos de ambos bandos, errores en ambos frentes, intenciones torcidas, ejemplos de cobardía, crueldad, humanidad, farsas astucia y mito.

Sin embargo, no nos indica el Profesor Acuña el heroísmo, la valentía y la nobleza que los participantes tuvieron en la guerra de 1948.

Omite esos atributos que van de acuerdo con lo que a él le produce el asco y con sus afirmaciones que dicen que los políticos son malos.

En eso coincido yo con Don Alberto Cañas pues yo no concebí la medicina sin médicos aunque halla médicos malos. Asimismo, no concebí la política sin políticos ni la ingeniería sin ingenieros aunque los halla malos, honrados, buenos, trabajadores, deshonrados.

Posteriormente nos dice el Profesor Acuña varias cosas que debilitan su obra. “El Club Alemán” nos dice en la página 46, donde está hoy el Colegio Napoleón Quesada, es un centro cultural de primer orden donde grandes patriarcas, pioneros de nuestra agricultura y de nuestro comercio juegan allí poker y toman abundante cerveza”.